

Amanecer punzó

Sandra C. Barreras del Río
Morovis, Puerto Rico

12 de mayo de 1898.

Petra

No te enfa-ga-ga-gues
niña hermo-go-go-sa,
si al pie-gue-gue-gue
de tu balcón;
mis cancio-go-go-nes,
niña henno-go-go-sa,
no te va-ga-ga-yan
a enfadar.

Tenme la-ga-ga-gástima'
tan siquie-gue-gue-guera,
tan siquie-gue-gue-guera
ten piedad.

Este amor que te profeso,
es un verdadero amor,
y el segui-gui-guirlo
es el consue-gue-guelo
de mi tri-gui-gui-guiste
corazón.

La gaga

Canción tradicional

Me acosté temprano pues me sentía presa de la modorra del sueño. Mi mente divaga. Siempre que tarareo La gaga, me transporto a mis noches aletargadas en casa de tía María en Corozal; casa de madera que contrasta con estas paredes húmedas de ladrillo y piedra del colegio. En Corozal, los sillones de pajilla del balcón del frente acogen a los jóvenes de la familia y sus visitantes. Allí nos sentamos al caer la tarde y nos despedimos cuando los jazmines, los nardos y las damas de la noche comienzan a perfumar. Las

macetas de geranios florecidos nos protegen de los mosquitos. Las astromelias, las petreas y las flores de cera no son visibles, pero marcan los espacios esenciales del jardín.

Allí te conocí.

La casa acomoda mucha gente en su amplia nave interna, rodeada de habitaciones - tres a cada lado - que termina con la cocina a un lado y la bañera al otro. La sala está separada del comedor por una mampara fija de madera, con un encuadre vacío entre dos columnas delgadas que dejan los laterales abiertos al paso. En la sala se leen y comentan los periódicos del día, mientras en la mesa del comedor se toma café, se escriben cartas o se conversa más íntimamente. Al otro lado de la mampara, un arco más bajo separa al comedor del pasillo final, que funciona como antesala a la cocina y al cuarto de baño. En él se acomodan butacones destartalados y mesas pequeñas, rústicas donde se proyectan las actividades cotidianas de la casa y se preparan los abastos de comida para esa gran familia extendida. Por las mañanas, la antesala a la cocina funciona como centro de mando y encuentro para las labores de mantenimiento del hogar. Por la puerta trasera de la casa, se reciben los productos agrícolas y del comercio que hay que almacenar o preparar en la cocina; hacia el arco que da al comedor, se reparte la ropa de cama para cambiar los cuartos, después de despachar los baldes de agua y las toallas viejas retiradas para limpiar pisos y despachar también los plumeros y el aceite que mantienen en buen estado todos los muebles de la casa. Por las noches, se aprovecha el frescor vespertino planchando algunas piezas de ropa y se llama al sueño con actividades sedentarias y amistosas; como si el centro de labor del hogar enviara mensajes a los habitantes y visitantes de su receptividad al ocio. Allí, predomina la informalidad del chisme familiar y la charla espirotera. Todos tenemos acceso a los tres o cuatro niveles de conversación nocturna, pero hay familiares que prefieren ciertas áreas, mientras los más diestros manejan los cuatro niveles con la fluidez del pez en el agua. El sueño se apodera nuevamente de mí y se borran los contornos de la casa de madera conque pretendí olvidar el frío de estas paredes.

No te enfa-ga-ga-ges
niña hermo-go-go-sa,
si al pie-gue-gue-gue
de tu balcón

Peleo con el sueño. Aún me quedan faenas por hacer. Al amanecer tengo que preparar las brazas, calentar la plancha y quitarle las arrugas a mi blusa de lino blanco bordado, con su abotonadura de nácar al frente. Cuando estudio en la ciudad, ayudo a las Hermanas de la Caridad en sus tareas. Así permuto trabajo por pensión mientras estudio para ser maestra. No soy holgazana y todavía quedan monjas que recuerdan mi estadía en la Escuela de Párvulos cuando murió mamita. El abuelo Leandro, burócrata menor, que entonces trabajaba haciendo el inventario de los montes públicos y privados de esta ínsula, nos dejó en el pensionado a Lolín y a mí. Mitad pago del abuelo, mitad caso de caridad; así estudiamos. Al fin y al cabo, ¿no éramos huérfanas? De niña, yo acariciaba la idea de ser monja. Aún hoy, me llaman el sosiego de los rezos y el espíritu público de las hermanas.

La rueda de la vida me enfrenta a una amalgama de sentimientos opuestos. Mamita, *¿cómo decido mi futuro?* Pepín, Pepín... Mi imaginación acariciante plasma tu imagen en mis cavilaciones. En el balcón de tía María aprendí a cantar *La gaga* armonizando con tu voz. Allí me enamoraste con los pequeños ramilletes de flores de cera, rosadas y lilas, que traías del campo. Venías de esa mundo de verdura que nos hace acariciar proyectos para el porvenir; sueños de verano en el campo.

mis cancio-go-go-nes,
niña hermo-go-go-sa,
no te va-ga-ga-yan
a enfadar.

“Carajo. Petra, entre las monjas y el turco no tienes espacio para desarrollarte como mujer.” Martín, mi medio hermano, que es también mi primo, convenció al abuelo y a la tía de enviarme a la Escuela Normal. Dice que después de emancipar los esclavos, corresponde emancipar a las mujeres. Él se educa a sí mismo con lecturas francesas. “Te va a hacer falta una carrera; somos huérfanos y se avecinan muchos cambios en el nuevo siglo. Hay que enseñar a pensar a los más jóvenes.”

Cuando Martín se aferra a sus lecturas, no hay nadie que lo haga entrar en vías de convicción. Sospecho que insistió en mi educación profesional por dos razones: por un lado, tiene otra excusa para viajar a menudo a San Juan, por el otro, contará con una

hermana que no se espante de sus conversaciones de avanzada. En la capital, compra los periódicos, libros y monografías que alimentan su curiosidad; pasa de tarde en tarde por el Ateneo y se apertrecha de embudidos españoles y confituras francesas que no consigue en la Isla. Conmigo habla de la importancia del cero para la aritmética – “Petra, háblale a esos párvulos del cero.”- y sigue con la monografía sobre bacteriología de Corchado Juanbe, que si la necesidad de las máquinas de vapor que ya llegaron a Cuba, que si los registros de fenómenos meteorológicos... “No consigo un manual de geología que hable de Puerto Rico. Los ríos de aquí deben tener mucho oro.”

Yo te ve- gue -guengo
a cantar.

Martín te dice Solimán y me avisa de tus infinitas conquistas mujeriegas. “Cuídate, el olmo no da peras; esa boda no labrará tu felicidad.” Tu padre y Martín se pasan garateando. –“Carajo con el peninsular ese, no tiene ojo ni tino; tan conservador y con esas ideas ilustradas que no se pueden pensar. *Don Martín*, su lengua no tiene fin.”

Lo trata de usted con retintín y se mofa de nuestros padres, los dos fenecidos hermanos Ybáñez, esos que no se adaptaron al trópico y que, sucesivamente, dejaron a nuestra madre viuda, joven y hermosa. Por detrás, dice de Martín: “Ese carajillo no me deja vivir.” Martín sufre mil furores y se muerde los puños de coraje.

- “Coño Petra, el muy bruto de tu suegro se comió su cédula personal cuando lo visitó la Guardia Civil.”

- “Martín, que Palacios no comía cuentos con el componte y ¡don José no es mi suegro!”

- “Quién lo manda a meterse en camisas de once varas... y si decirme don fue una gracia, no le encuentro el chiste,”

Ambos son hombres de trato y travesura. Martín y yo nos presentimos en ese criollo adaptado y fuerte que es don José. ¿Serán como él nuestros hijos? ¿Hay futuro en esta tierra de orfandades?

Entre los vaivenes de mi cavilación, cantar La gaga hace que surjan raciocinios tranquilizantes. En Corozal, yo amo sentarme en el balcón del frente y admirar el jardín con sus rosas y petreas, con los robles, que también florecen con un leve color lila, casi

rosado. Con el recuerdo de ese color y del olor a higuillo de Corozal, vuelvo a amodorrarme. Sueño con casa propia, centro de encuentros familiares y de vecinos. Sueño con muchos hijos fuertes, que se peleen y amen. Quiero durarles por siempre a mis hijos. No peleo más con el sueño. Le permito a mi cuerpo participar del movimiento hacia la inconsciencia que comienza, como una semillita, detrás de mis ojos. Me arrebujó dentro de las mantas y el mosquitero. Me dejo ir.

Pánico, pandemonio, pandero... ¿Dónde me encuentro? ¿Por qué se sacude el edificio? ¿Temblor de tierra? Recordé las reuniones de la Cruz Roja con las Hermanas de la Caridad y otros voluntarios; preparatoria para la posible extensión a Puerto Rico de la guerra entre España y Cuba. Podríamos confrontar un ataque de los Estados Unidos de América que también pelean en la guerra. Parece que llegó el momento. Virgen de la Providencia, ¡apiádate de nosotros! Y el Morro, ¿sigue en pie el Morro?

Pánico, pandemonio y pandero... ¿Pandero? Partículas de metal caliente caen del cielo y levantan ronchas supurantes en la piel; mi corazón se acelera con el crepitar de broncos caballos en estampida. *Mamá, mamita... ¿Cómo me protejo? Huérfana. Mamá, mamita, ¿por qué me abandonaste? Seis hijos tuyos..., solos, sin tu alegría y maña...* ¿Dónde me encuentro? Aquí estoy; en el Colegio San Ildefonso, donde trabajo y estudio. Aquí y ahora cuando la tierra trema. No, no es la tierra; los proyectiles alcanzan al Asilo.

No tengo tiempo para planchar mi falda de fieltro y mi blusa blanca. No puedo abrocharme por el temblor de mis manos. Respiro hondo. Calma, me cuesta ir contra la tendencia del esófago a cerrarse. Ca-ca-calma. Sonrío irónica; llena de ansiedad, gageo.

Tenme la-ga-ga-gástima'
tan sigue-gue-gue-guera,
tan sigue-gue-gue-guera
ten piedad.

No puedo dilatarme, oigo voces angustiadas en el corral del edificio. La mañana va perdiendo rápidamente su oscuridad. Al bajar al corral, veo las puertas a la calle abiertas; por ellas entra una grotesca comparsa de carnaval. Sólo que no hay máscaras

que separen las muecas de locura de las caras serenas y anónimas. Un grupo de mujeres canta tonadillas de adivinanzas. Entre los gritos angustiados, los llantos de miedo y los ladridos lastimeros de los perros realengos, **el jínquili, jínquili** suena ominoso. ¿Dónde están las monjas que con tanto celo protegen la virtud de sus pensionadas? Veo hombres desfigurados por la mezcla de terror y excitación que produce el pánico. Podrían violar y descuartizar sin mayores problemas. ¿De dónde saco fuerzas para enfrentarme a esta masa humana? Trato de cerrar una de las puertas y ventanas que dan a la calle. Gotas trémulas de sudor surcan mis sienes. Mi corazón desesperado no le permite a mi mente ni un sólo momento de cavilación.

Un hombre fuerte, de mala catadura, se acerca a tocarme. Hosco, manosea con ardor la hilera de botones de nácar a medio cerrar. Lo vi sacudirse del deseo, pero no podía protegerme de su inhumano furor. *Mamá, mamita, protégeme*. Cada vez más impotente y desaliñado logro, a duras penas, no dar un traspié y caer al suelo. **Si jínquili, jínquili se cayera...** Me desdoblé físicamente.

De la recua que entraba por la puerta que da a la calle, se separó un negro fuerte y aletargado que me pareció conocido. Salió de su modorra al ver la escena. “¡A la hija de la niña Balbinita, no!” *Mamita, ¿quién te nombra?* Empujó al energúmeno que amasaba los senos y cogió un cuartón del suelo. Colocó el cuerpo trémulo entre la pared y su espalda; empuñó el trabuco grande de cerrar la ventana, cual si fuera una macana. “¡Gaga-gracias!” la voz sonó tartamuda del miedo.

Este amor que te profeso,
es un verdadero amor,
y el segui-gui-guirlo
es el consue-gue-guelo'
de mi tri-gui-gui-guiste
corazón.

La canción regresa a la memoria y tranquiliza. Comienza a devolverme la compostura recia necesaria para lidiar en este despelote. Con la transparencia instantánea y total que conceden los momentos de gracia, reconocí al ángel guardián y evoqué los lazos y coincidencias que nos unen. Celestino y yo estamos marcados por una de esas yuntas indisolubles que se dan allá en la Cordillera.

Mamita no pudo amamantarme. Todavía amamantaba a su hijo anterior (Moncho, que como Martín, es hijo del tío Tiburcio), cuando cayó encinta de Lolín (hija como yo de papá Feliciano). Amparo, la mujer de Celestino acababa de parir y fue nodriza de Petra por dos años. Contaba la tía María que fue una buena época para ambas familias. Balbina y Amparo se llevaban bien: bordaban juntas, amamantaban a los niños; eran juguetonas y jóvenes. Mamita, cuando papá Feliciano murió, se casó nuevamente y regresó a San Juan. Perdió contacto con Amparo, quién murió tuberculosa años después. Mamita también murió, dicen que de anemia. Le dio un quiste en el ovario y la operaron. Su sangre se envenenó y le aplicaron zanguijuelas para purificarla antes de darle transfusiones. No resistió. Por una de esas extrañas coincidencias, nosotros seis quedamos huérfanos meses después que Angelito, el hijo de Celestino muriera.

Por primera vez en esa mañana infernal, cuando el cielo se trocó en infierno, la boca sonrió sin soma y la mano, surcada por filamentos de sangre, acarició la espalda protectora. Al contacto sentí que mis dos cuerpos volvían a ocupar un mismo espacio, el que delimita mi piel.

Celestino

Macacoa

Tuntún ñeñé,
tuntún ñené.
Cucubano grifo
de mi corazón;
para ti azucenas,
rosas de Borbón.

Angelito sin baquiné
garabato guindando
en la chimenea.
Tuntún ñeñé,
tuntún ñeñé.

Tienes un belén
aquí en mi corazón
con angustias frescas
de color punzó.

Tuntún mi merengue,
tuntún mi ñeñé.

Tuntún ñeñé,
tuntún ñeñé.

Siento la mano de Petra en mi espalda. Es un resguardo contra la pena; como si su mano fuera la de mi hijo tocándome. Ellos andan cerca de los veinte años. Me dan ganas de guindar al que la molestaba. Nananinga, ¡no te metas con la hermana de leche de mi hijo! **Jínguili, jínguili, jóngolo, jóngolo...** ¿Quiénes cantan la adivinanza? No quiero oír, no quiero recordar. La macacoa me acecha y necesito echar cuerpo.

Me quedo patitieso notando que estoy tan templao y decidido cuando hace unos momentos me sentía tan blandengue, como si no tuviera sangre en el cuerpo. Si no llega a ser por la mulata de rompe y raja que me sacó del manicomio, todavía estaría tendido en el catre pensando musarañas. “Sácate esa macacoa de encima,” me dijo ella. A mi me importaba un pito quedarme en el manicomio y que me mataran. Me rasqué las pulgas y me ñangoté. Pero La gambá tomó las riendas y me empujó a caminar. Llevo tantos años lelo, con la bamba cerrá, que me dejé llevar. Costaba más trabajo pelearle, ella estaba decidida a sacarme de allí. En la calle había tremendo brete. El Morro, frente por frente, expedía columnas de humo. Las bombas que caían al mar alzaban enormes fuentes de agua. Me quedé bobo mirando. Humo y agua lanzada a grandes alturas; central, centrífuga, chimenea. **Jínguili, jínguili está colgando; jóngolo, jóngolo está velando...** *Angelito ñeñé; ¿por qué permití que el capataz te convenciera de trabajar en la altura? Debí negarme. Eras tan niño; ¿qué sabías tú de los peligros del trabajo? Yo sí. No me perdono. Los nenes no conocen el peligro; no le temen a la muerte. Por eso funcionan tan bien en la altura. Pero una chimenea de Central no es el tronco de una palma, que se acomoda a los huecos de los pies. Allá en Vega Baja, mi niño de Cordillera aprendió a trepar los cocoteros de cara al mar.*

En medio de la charamusca quise ñangotarme nuevamente. El dolor de la chola era punzante y no había hoja de llantén que lo curase, porque no era de insolación. Quería quedarme en medio de la calle, abandonado y triste. La gambá respiró profundo, me agarró de la mano y dijo: “Vamos a la Plaza de Mercado en la San Sebastián” Como si

fuera un seboruco donde encontraríamos protección. O quizás quería aprovechar y atragantarse de comida. Corríamos frente a la iglesia de los jesuitas cuando cayó otra lluvia de proyectiles. Uno de ellos dejó un hueco grande en la mampostería de la iglesia por el que salían llamaradas. No, no podíamos refugiarnos allí. La gambá, que es loca, pero no boba, decía: “Al Recinto Sur, la bahía debe estar más protegida.” Había demasiada gente corriendo hacia la puerta de Santiago, la puerta de Tierra. Volvió la vista hacia el manicomio y vio que Ballajá ardía. “Rápido, regresemos por el manicomio y cortemos por el callejón, la calle frente al Asilo”; por allí bajaremos más rápido a la Marina. Y si nos agarra un proyectil, estaremos cerca del Hospital de la Concepción. Corrimos como gamos para sobrepasar Ballajá, donde el ejército contestaba con disparos de fusiles los cañonazos y granadas. ¿O fue un intento de los soldados allí congregados de espantar la horda aterrorizada y carnavalesca que no sabía como escapar?

La chola me latía; en la chimenea mi hijo colgaba como el pistilo de una gran campana que no puede ya sonar. Jínguili, jínguili está colgando. Cayó ya muerto y esparció sus huesos en el soberao duro y caliente. No salí a tiempo para salvarte. Tuntún ñeñé, tuntún ñeñé... corrí fuera del edificio, a tiempo para ver tu cuerpo colgando de la sogá conque te amarraban a la chimenea. Te vi volando por el aire cuando la segunda bocanada de vapor caliente alcanzó a soltarte. Estuve a tiempo para sentir tu cuerpo reventar en el suelo; una masa de carne chamuscada y sangrienta.

“¡Nos van a matar a boca de jarro, a boca de jarro!”, gritó mi salvadora cuando de nuevo hice amague de ñangotarme. “Al callejón detrás del manicomio, vamos a atrechar por el Asilo.” Desde el mar, continuaba la carga, como si las naves de guerra quisieran llegar hasta la bahía. Pero yo sólo veía el color punzó de la sangre de mi Angelito expandiéndose por la vega; las guajanas teñidas de rojo más allá del horizonte, sellaron de un golpe el futuro de mi hijo. *Angelito, Angelito ¿por qué me has abandonado? Jóngolo, jóngolo está velando; jínguili, jínguili, si cayera... Tuntún ñeñé, tuntún, ñeñé.* Traté de sacar fuerzas para resistir los empujones de La gambá; ella quería entrar con los otros al inmenso corral del Asilo. ¡Umjú! ¡Como si el edificio fuera también un asilo contra la artillería! Corría arrastrándome por uno de los pasillos laterales. Las sombras del amanecer se dispersaban cuando La gambá me dio un tirón para que me metiera con

ella al Colegio San Ildefonso. Por allí entraba un grupo de personas huyendo a los resplandores creados por las bombas, relámpagos y truenos de factura humana.

Dentro del edificio saqué fuerzas para resistir a La gambá. Entre los tambores y la pesada carga de artillería, creí reconocer una voz angustiada. Esforcé la mente a atender la figura que soltaba ese grito angustiada. En una esquina del corral, mientras un grupo de mujeres coreaba tonadillas, un Juan de los Palotes, grande y colorao, de esos que no creen ni en la madre de los tomates, arrinconaba a una joven manoseándola. Entonces la vi. Casi desvalida en los brazos de aquél haragán, Balbina se deslizaba hasta el suelo.

La gambá sintió la fuerza en mi cuerpo y paró a averiguar lo que tan poderosamente llamó mi atención. Noté la exasperación de su voz al decirme: “Déjalos, que son blancos y se entienden.” Solté mis brazos de sus manos con un empujón y le pedí que siguiera su camino. Pensé que alucinaba y ahora sí me dejarían en el manicomio por el resto de mis días. ¿Balbina aquí, tan joven? No, no puede ser Balbina, está muerta! ¡Petral Es Petra, la hermana de leche de mi Angelito.

Aiboni, aiboni
Aiboni du gafari ...

La canción regresa y quiere apoderarse de mi mente, de mis recuerdos. ¡No quiero, no quiero! No quiero recuperar los recuerdos que por tanto tiempo condené al olvido. No quiero. Tampoco es tiempo para cavilar. Petra necesita ayuda o sino el bruto la aplastará y rendirá totalmente. Agarré una de las trancas que estaban en el suelo para usarla como macana, o garrote, como dicen los peninsulares. Llamé la atención del atacante (“¡A la hija de la niña Balbinita, no!”), y arrastré a Petra a otra esquina más protegida. El berraco inútil salió corriendo cuando la macana cayó sobre sus hombros. ¡Ja! La nigua esa se enfrentó a una guasábara de uno y no resistió. Entonces sentí la caricia de mi hijo muerto en la mano de Petra. Escuché sus gracias tartamudas. Seguro de mí, me planté a protegerla y mi mente tuvo tiempo y ánimo para divagar. Jadeante y sudoroso, me rasqué las pulgas mientras la canción se apoderaba de mi mente.

Aiboni, aiboni
aiboni du gafari;
el cielo de Mahoma
lo llevas en tu cara.

*No hay nadie,
no hay nadie como tú
en todo el Guru-guru,
en todo el Guru-ga.
el papel aburrido
de una mujer.*

Frunzo la nariz; me llega el olor a requesón, miel y azahares que sale de la casa. No estoy muy lejos del batey. Muelo en el pequeño pilón las semillas de ajonjolí tostao para hacer orchata. La voz de Balbina canta Aiboni. Escucho las risas de Mancho cuando trata de alcanzar la maraca que Balbina esconde a su espalda. Miro. Angelito, en el regazo de Balbina, extiende los puñitos cerrados hasta Mancho. ¿Será que piensa que Mancho es la maraca? Se oye un des pelote y me río; corro a salvar a Mancho, que, buscando las maracas detrás de su madre, tumbó las ditas que preparé para darle orchata a las dos mujeres. Balbina muestra ya su embarazo. La barriguita, pequeña para sus ocho meses, se perfila a través de su vestido de algodón al esconder la maraca a su espalda. Entonces me percato de la risa de Amparo, conteniendo su explosión de alegría para que Petra, amamantándose en su regazo, no se sobresalte. Amparo, ¡tan hermosa!; su piel sedosa de chocolate, con su pañuelo de colores alegres brillantando la penumbra de un bohío rodeado de grandes anacagiütas. Tuntún ñeñé, no quiero, no quiero recordar mi felicidad de entonces. Hace más profunda mi macacoa. Borra la imagen de Amparo de mi mente; despójale su atractivo. “Ven, Angelito, ven conmigo, hijo.” Y tú saltaste del regazo de Balbina y corriste hasta la puerta. “Vamos al chorro a buscar agua fresca para la orchata.” Agarro la manita de ñeñé y me lo subo a grupa por los hombros. ¡Jiupiti! Vamos galopando hasta el chorro; caballo y niño, los dos, una sola alma unida en el gozo. Se me olvidan las mujeres que amamantan los dos hijos de Balbina, se me olvida la tensión en la espalda producido por el trabajo continuo. Aquí ñeñé, contigo; feliz, ñeñé contigo. Sin jinguili, jóngolo que amenace nuestra felicidad.

- Celestino, Celestino. ¿Qué sucede? ¿Nos invaden los yanquis?

Petra me nombra, me reconoce, su voz cercana y asustada me trae de vuelta a San Juan. Otra vez me siento viejo y no sé qué contestarle.

- No sé, disparan cañones desde el mar que no respetan el sueño de la ciudad. Los peninsulares, el ejército y la Guardia Civil, contestan el ataque.

- La Cruz Roja, tengo que salir y ayudar a los heridos.

Petra se mueve a mi espalda, atildando su ropa.

- Petrita, de aquí no te mueves.

Petra se impacienta y quiere correr. No se lo permito. El bombardeo va y viene mientras la población civil huye.

“¡Juye, que te cogen los catalanes!” Me gritaba Toña el panadero, desde su negocio. Apagué el jacho y me oculté entre la maleza alta. Yo pintaba cruces negras en los negocios de peninsulares. Los identificaba para que los boricuas, como yo, desistieran de comprar sus productos. Pero la Guardia Civil parecía estar al tanto de todos nuestros movimientos. Yo corría por los mogotes un poco asustado y feliz. Escapar por los matorrales hasta las cuevas de la altura, contaba como felicidad. Fungía como momento de gloria.

Un nuevo rocío de artillería rompe mis recuerdos. Las paredes de piedra retumban y, en la semi penumbra, todo vuelve a esconderse a la vista. Dentro del colegio no se siente un alma suspirando. Petra y yo nos apretamos contra la pared y la macana sube en el aire al sentir la llegada de un nuevo grupo que busca resguardo en el edificio. Entran pedazos de metal que rebotan en los adoquines después de volados. ¿Cuándo terminará este infierno?

Petra se repone y vuelve a la carga.

- Tengo que salir y ocupar mi puesto. Celestino, si nos invaden será mejor estar con la Cruz Roja. Allí encontraré mayor protección y podré ayudar a los que no la tienen.

¿Te das cuenta, Amparo? Petra se repone rápido y quiere participar. Creé poder convencerme de que estará mejor con la Cruz Roja. Tiene madera de mujer de Cordillera, como tú y como Balbina.

No hay nadie, no hay nadie
no hay nadie como tú
en todo el Guru-guru
en todo el Guru-ga.

Amparo, tu nombre y tu música se escurren entre el silencio del cese al fuego. No he querido oírte. Llevo tanto tiempo acallando tu voz en mi mente, llevo años infinitos sin nombrarte en mis recuerdos. Yo te envié a esa tierra de nadie que es el olvido forzado. Allí, olorosa a guayaba, cerca del Coabey estás; allí, donde no se tiene la gracia de un retorno inesperado porque la condena al olvido va acompañada de la rabia total ante la pérdida. Amparo, nos dejaste tan solos, tan temprano, a Angelito y a mí. Amparo, Angelito murió, ¿lo sabías? No quería contártelo porque me aterraba producirte esa tristeza y que me culparas de no protegerlo y, sobre todo, no quería darte el gusto de consolarme. Ni en sueños, ni en recuerdos deseaba tu compañía. Ñeñé murió, Amparo, Ñeñé murió. ¡Tengo tanto que contarte! Tantos años vividos sin ti, te fuiste tan lejos al morir. No lo acepto, no puedo aceptarlo todavía. Por eso no te perdono la muerte.

El olor a pólvora y a humedad se va matizando con el tufo reconocible del pánico: orín, mierda, sangre... y el sudor, mezcla de alcohol y carne humana, de los que se mueven para salvar sus vidas. Sin la estridencia de la artillería, se siente un silencio en la ciudad. Pero el silencio no está en la ciudad sino en las orejas que no registran ni entienden los ruidos menos metálicos, más humanos. Es el silencio que se siente cuando los tambores se suspenden en el baile de bomba. La suspensión acaba con las vibraciones del espíritu que casi ya salían del cuerpo para incorporarse, en un paso de baile, con los dioses ancestrales. ¿Qué digo, qué comparo? El silencio de ahora no nos ayuda; no nos lleva a percibir una vida bien vivida. No, después de la artillería notamos otros ruidos, que no por ser más opacos, dejan de ser aterradores. Contrario al silencio de la bomba, que nos deja cansados, pero más reconciliados con la Tierra y nuestra humanidad. Ahora la ciudad nos devuelve los sonidos de desolación y los atenuados matices de los hombres y mujeres que intentan mitigar el dolor de los otros. Entonces sucede que entendemos los estragos causados por el bombardeo. Entonces, la milicia se transforma en Guardia Civil, siempre imponiendo un orden tostado, duro. Me di cuenta de los llantos de niños que berrean su dolor y su abandono. En ese ambiente donde el pánico se convierte en chata pesadumbre me di cuenta que recordaba a mi mujer y a mi Angelito en otras épocas y que, en las más felices, sus recuerdos siempre están ligados a Balbina y a Petra.

El cielo de Mahoma
lo llevas en tu cara.

Amparo, tantas veces me cantaste la tonadilla que llegué a crearme tu razón de ser, tu ancla en la vida. Me sentía el negro más hermoso del mundo. ¡Cuidado que mis amigos me lo advirtieron y chacotearon cuando me enamoré de ti!

- Mira este negro parao, con tanta mulata, india y negra bonita, y del país, terminó juntándose con la hija de la bozal, hereje mahometana.

No prestaba atención a sus bachatas y me acercaba más a la casita de paja y madera para ser cómplice de las lactancias. Iba a preparar la orchata, a montar a grupas a un niño rebelde, a gozar el olor íntimo de dos mujeres lactando. Y tú, al centro de mi atención como flor salvaje del campo. Los otros decían que eras fresca y afrentá. Sí, lo eras con los antiguos amos y los que seguían esclavizados. Hija de bozal que no rehuye mirada y no acepta el peso de la esclavitud Por eso, tal vez, te llevabas tan bien con Balbina. Te reías con desenfreno cuando la escuchabas cantar Aiboni. “Oye a la peninsular cantando bereber.” Balbina también reía y decía que España fue bereber siglos antes. “Vete tú a saber si hasta primas somos.” A Balbina le gustaba desafiar los prejuicios crasos de algunos peninsulares que se quejaban de las mezclas de la Cordillera.

- Mira tú, si España es el comienzo de África.

Amparo, que no comía cuentos, ripostaba.

- Ay, niña, no juegues; que tú naciste de sepa blanca y libre; yo nací de esclavos.

Balbina callaba ante un argumento tan claro como el día. Pero no era persona que se diera por vencida. Se le cuadró un día diciendo: “Mira Amparo, a fin de cuentas tú y yo somos mujeres. Tu Celestino, que nació esclavo, tiene derechos ciudadanos. Si paga los infames diez escudos y lee y escribe, puede votar. Tú y yo, ni ricas, ni bien educadas podemos hacerlo. Ser mujer es una servidumbre más negra que la esclavitud” Amparo no le dijo lo obvio; que para ella el problema era doble por mujer y negra. Yo tampoco dije que nací libre, triste consuelo de nieto negro de un hacendado. No hubo tiempo a explicar porque ambas se liaban a repetir en voz alta aquello del “...papel aburrido de una mujer.” Reían solidarias y me miraban con el desprecio cariñoso que

las mujeres a veces usan con los hombres de sus vidas. Ahí me escapaba al monte a jugar corote con los amigos.

Amparo, con tu muerte sentí que el mato colorao me dio en el pecho. Tuve tanto coraje, tanta desesperación. Te vi cada vez más jadeante, más desesperada por buscar el aire que no llegaba a tus pulmones. Aferrada a un rosario que no te ayudaba porque no podías recordar los nombres de Alá que tu madre inventaba con las cuentas. “Tino, madre,” decías, “no recuerdo los noventa y ocho nombres de Alá. Las cuentas no me ayudan. Alá es mi único Dios y Mahoma, su profeta.” Cada vez más agria y distante, quisiste regresar a tradiciones que no eran tuyas, sino de tu madre. Renegaste de los yerbateros, de los sacerdotes, de mis manos cubiertas de sábila y miel. Y los ojos de platón de Angelito viéndote morir, te desesperaban aún más.

Huí de la Cordillera aterrado y confundido, buscando la Costa donde los dioses y diosas se disfrazaban de santos para refugiarse de los dioses únicos, celosos, como el Dios cristiano y Alá. Te odié, Amparo, por abandonarme y convertirme en una extraña a pasos agigantados. ¿Por qué retornaste a la fe de tu madre y despreciaste esta tierra de mezclas? ¿Ay, Amparo! ¿Cómo decirte lo que fue mi vida después de perderte y condenarte al olvido absoluto? ¿Cómo te mezclo con esos otros recuerdos?

Me fui a vivir con los mulatos de la Costa, allí donde no se riñen dioses y santos. Pero tampoco ellos protegieron a mi niño de la muerte temprana. Amparo, no sufriste aterrada la muerte de Angelito. Angelito, ñeñé; ¿a quién invocaste tú en la hora de la muerte? ¿Me viste correr al patio desesperado, con Jóngolo, jóngolo a mi lado, para presenciar tu caída?

La melancolía le quita fuerzas al brazo que se aferra a la macana. Bajo la guardia; poco a poco me separo del muro frío. Petra intenta correr; pero no me separo de ella. Temo por su bienestar. Se sonrío preocupada. “¿Dónde están las monjas?” En eso comienzan a llegar niños, niñas y más niños de los brazos de mujeres y monjas. Niños sangrientos y atolondrados; mujeres con mantos estrujados y empapados de sangre. No puedo ver con tranquilidad un niño sangriento. Petra nota mi confusión. Es que se me hace tan difícil salir con vida de mis cavilaciones. Angelito, ñeñé... te quería protegido de los fantasmas ancestrales que rondan los espacios vacíos de las almas boricuas. Te

quería criollo negro, parte piel roja, parte negro..., parte escondida. Te quería bailador de bomba y plena. Por eso huí a la Central San Vicente, a la colonia negra allí establecida. Estaba cansado de los dioses celosos que no entienden de mezclas. ¡Tantos baquinés y bailes de bomba, tantas fiestas de cruz y misas espiritistas que presenciamos! Mulatas zandungueras, muchachos trepando palmas, caravanas a distintos pueblos para participar de bailes de bomba. Y yo, aprovechando a visitar a todos los compañeros que, hace mucho tiempo, ayudábamos como podíamos a los comprometidos con la Torre del Viejo. Amigos boricuas que queríamos mejorar nuestras vidas. ¡Cómo se reían de ti cuando te preguntaban si eras seco o mojado! Tú les contestabas: “Depende, en días de calor, seco; en días de lluvia, mojado.” Mis amigos y yo éramos tan jóvenes cuando luchábamos como boricuas. Cuando crecías ya yo había olvidado cómo se escribía en jíbaro. Y tú, ¡qué sabías de eso! Vivías como un negro sano entre negros que no padecían las vejaciones de la hacienda. Como yo quería que vivieras cuando te saqué de la Cordillera y te llevé a Vega Baja. Te veía recoger erizos cerca de las rocas donde batía el mar. Ñeñé, saltabas sin temer al filo cortante de los corales muertos. Oteabas la mar en busca de tiburones, de tintoreras. Para ti, una vida más o menos libre tumbando cocos y bañándote en la mar. ¡Que pobre se nos hizo la libertad cuando pasaste a formar parte de los que trabajaban en la altura! Te sentiste tan orgulloso de comprar un sombrero de paja con tu primer sueldo. Tus ojos, despreocupados del prejuicio que casi no te tocaba por vivir entre los tuyos, sonreían. Te sentías tan adulto, mi niño pequeño que escasamente, pensaba en mujeres. Angelito, ¿por qué no te conté de las torturas del prejuicio? ¿Por qué no te dije que el trabajo que nos sostiene está todavía en manos de esclavistas que nos desprecian? ¿Por qué no te dije que nuestra pequeña comunidad vegabajaña no tiene el poder suficiente para proteger a un niño libre y desconocedor de las ataduras de la opresión? Pensé que así te daba la oportunidad de estar sobre esta Tierra con el orgullo y la gallardía que nos corresponde. ¿Por qué no te expliqué de mis luchas boricuas? Angelito, ¿por qué te escondí el futuro? Quise protegerte también de los posibles fantasmas futuros. No sabía que para ti el futuro se limitaba a la chimenea ardiente de una central. Tuntún ñeñé, se me doblan las piernas con el peso de tu muerte.

Se me dobla el alma con el peso de tu espíritu niño fugándose de tu cuerpo. Ni Dios, ni Alá, ni los espíritus protectores del monte ayudaron a mi niño.

Petra siente que me eñangoto y aprovecha para quitarme la macana. Se ve nerviosa y con ganas de subir al piso de arriba, donde los gritos de los niños son más fuertes. Yo quisiera ensordecer; no me gusta oír niños angustiados.

- Celestino, Celestino, vamos arriba a ayudar.

Me dijo mientras me jamaquea los hombros. Por un momento pensé que era La gambá pidiéndome que huyera. ¿O fue mi equivocación un intento por dejar de prestar atención a los llantos? Entonces vi, por primera vez en la mañana, la piel blanca de la mano de Petra y rechacé su toque. “Ellos son blancos y se entienden,” había dicho La gambá. Estuve a punto de echarme a correr para olvidar el roce de su mano. ¿Dónde estaban los blancos peninsulares cuando Angelito murió? ¿Hasta cuándo vamos a proteger a quienes no nos protegen? Estuve a punto de irme del lado de esa mujer joven que conocí de niña y a quién había salvado de la lujuria descarnada de uno de los suyos. En medio de aquél despelote sólo Petra y yo nos conocíamos de nombre, compartíamos un pasado. Todavía no recogían a los habitantes del asilo que estaban dispersos. Lo que Petra me pedía era que ayudara a contener la dispersión de un grupo de personas que ella conocía y yo no. Me pedía que honrara nuestra historia común y me extendiera a los otros. Eso iba más allá de mis fuerzas.

Como siempre, Angelito, pensar en ti cambió mis sentimientos. Petra miraba horrorizada a una monja que bajaba corriendo las escaleras con un niño de diez o doce años sangrando a chorros por una pierna que le guindaba del cuerpo. *Jóngolo, jóngolo.*

Petra me pidió que lo cogiera y que lo lleváramos al cuartelito de la Cruz Roja. Ella sabía dónde estaba. *Hijo, no pude negarme.*

La mirada de la monja estaba angustiada y, cuando me vio, desconfiada. A pesar de sus temores, me lo entregó. “Aguántelo en lo que le pongo un trapo como torniquete para aguantar la sangre.” Lo hice; rogándoles a los santos del monte, al Dios de la monja y al Alá de Amparo que me dieran fuerzas. *“Hijo, te ruego a ti, permíteme ayudar a este niño para que no muera.”*

Tuntún ñeñé, tranquilo,

Tuntún ñeñé, no temas,
un angelito en el cielo
tus pasos vela.
tuntún, ñeñé, tuntún.